

IMAGENES DE UN SUEÑO: "LA TRAGICOMEDIA DE LA TV COMUNISTA"

Por Felipe Rivero

(CONTINUACION)

La mente o mi memoria, ahora da un salto atrás. Esto es muy común que ocurra, cuando uno está tratando de recordar cosas que sucedieron hace ya mucho tiempo. El salto desde aquella casita en Cuba, donde nos encontrábamos prisioneros, cubre todo el golfo de México y termina en un camino polvoriento en Guatemala.

Un jeep militar con cinco hombres avanza rápidamente por aquella carreterita secundaria. Uno de esos

hombres, sentado al lado del chofer, soy yo. Acabamos de bañarnos y vestimos uniformes frescos. El viento frío y limpio, que baja de las montañas, nos bate los rostros en forma impúdica y enervante. Nos sentimos en la gloria. Atravesamos un humilde poblado, con menos de una docena de pobres casuchas; y sus habitantes, aquellos suaves y silenciosos indios y mestizos, que los cubanos llamábamos "haceres" porque nos hacían de todo, nos saludan

respetuosamente. Nosotros por nuestra parte, les decimos adiós al pasar. Es un adiós sin embargo, que no sé porqué se me antoja que tiene sabor a limosna. No, no somos los alemanes entrando en Francia, pero nos sentimos casi igual, aunque claro, aquel caserío distaba bastante de parecerse a París. Pero como dice el viejo dicho: **A falta de pan, casabe.** Además... "pensaba yo", dentro de poco será La Habana, y esa sí, que no la cambio... ni por París.

Atrás queda el humilde villorrio. La carreterita va reptando a través del bosque, un bosque verde y tupido, que se levanta a cada lado del camino, como parabanos chillones, que nos recuerdan la casa de una mujer sin importancia. De repente, delante de nosotros, a sólo unas pocas yardas, observamos a un campesino joven. Al pasar junto a él, y antes de esperar que nos salude, como siempre sucedía, alguien en el grupo, sintiéndose al parecer generoso, le dice: —Adiós amigo.... Adiós... —responde el joven —¡adiós hijos de puta!

Al escuchar sus palabras, nuestro chofer frena violentamente, mientras exclama: —¿Escucharon lo que dijo el tipo ese!? —¿Dónde está...!? gritó otro. Pero ya el indito había desaparecido, como tragado por aquellos parabanos verdes. Alguien en el asiento de atrás, sentenció entonces solemnemente: —Aquí hay comunistas señores.

El jeep reanudó su marcha. El viento de la montaña, volvió a acariciarnos los rostros, pero ya no lo sentíamos igual. Faltaba algo, o... había algo nuevo en nuestras mentes, algo con lo que no habíamos contado.

No, me dije, aquel indito desgraciado, no tenía que ser necesariamente comunista para decir lo que dijo. No creo que se hubiera leído el "Das Kapital" de Marx, los 21 Cuadernos de Lenin o siquiera, los conceptos de Prudon sobre la propiedad privada. Empezando porque

Carlos Rafael Rodríguez, el llamado dialéctico de la Revolución, con su barbilla melistofélica.



lo más probable, es que no supiera leer. No, lo que él veía en nosotros era que se trataba de unos hombres extraños y malos, enemigos de Quetzacoatl, la bondadosa deidad de los pueblos del Anahuac, aunque este Quetzacoatl, ahora, en vez de una barba rubia, como decían las viejas leyendas, plumas de Quetzal y espada de obsidiana, tenía la barba negra, vestía un uniforme verde de fatiga y en la cintura llevaba una 45, allá en una isleta lejana. El nuevo Quetzacoatl, que según contaban los rumores, habría de liberarlos algún día de la pobreza y la degradación en que vivían...

Mi memoria ahora, como un trapeceista, que quiere impresionar al público con una pirueta, aún más complicada y peligrosa, da un salto todavía más atrás en el tiempo y el espacio, dejándome caer en medio de unas oficinas. El bullicio allí y el entrar y salir son increíbles. Detrás de varias mesas, se sientan los empleados, entre los cuales hay dos mujeres, extraordinariamente atractivas, y que al parecer, no hacen otra cosa que arreglarse las uñas y conversar animadamente. Los empleados tienen un tipo vulgar e insolente. Me recuerdan algo a los llamados "sargentos políticos" o aquellos pequeños burócratas con aire de mando, que siempre se encontraba uno en los ministerios públicos. El ambiente era grotesco y deprimente. Un Marti oscuro, observaba con aire indiferente la escena, desde un cuadrado colgado en una de las paredes. En otra pared, una cansada banderita cubana, al lado de la inevitable enseña de las barras y de las estrellas, dejaba caer sus brazos azules y blanco al suelo con resignación.

¿Será posible que yo vaya a luchar y arriesgar mi vida por este tipo de cosa? —me pregunté a mí mismo. "No... me respondí inmediatamente, a la vez que me reía maliciosamente para mis adentros". "No es precisamente por esto, por lo que yo voy a la guerra, y lo sé muy bien". Entonces me senté ante uno de los reclutadores de la CIA, para que me ingresase en las filas del ejército del "Frente Revolucionario Democrático".

La oficinista de reclutamiento se diluye ahora en mi mente, sustituyéndola la imagen de un hombre muy alto, vestido de verde y tocado con una boina color arena sucia, que habla y habla sin parar, bajo unas fuertes luces de neón. El recinto donde me encuentro es oscuro, a no ser por el lugar donde está parado el hombre de marras. Habla y habla, como digo, pero yo no escucho sus palabras, sólo quiero dormir, lo que es muy difícil, sentado como estoy en una incómoda silla de madera y el sonido de aquella voz constante, machacándome los oídos. El cansancio y el sueño son insoportables. Hace más de tres horas que el hombre está hablando y por la manera de su tono, no tiene trazas de que va a parar.

Con dificultad separo un poco los párpados, y observo con una mezcla de

curiosidad y repugnancia, a aquella cara rosada, semioculta por una gran barba negra, iluminada desagradablemente por los potentes focos eléctricos, que continúa emitiendo ruidos con acentos santiagueros.

"Es positivamente un loco de m..." musito para mis adentros, "un enfermo eufórico, gozando sádicamente con sus enemigos en su poder".

El hombre a quien todos llaman el **compañero comandante en jefe**, y su monótona y torturante cantaleta, se diluyen en las penumbras de mi cansada memoria. Ahora estoy sentado en otro lugar, de ese detestable Palacio de los Deportes. Somos el grupo, que va a ser presentado esa noche ante la televisión comunista. Hay unos veinte de nosotros. Los milicianos, nos han obligado a sentar en unas sillas, bien alejadas de los otros prisioneros. Uno de ellos nos trae un recipiente con café y unos vasitos de papel, que entrega a uno de los nuestros. Este comenzó a repartir el café inmediatamente. Cuando ya tenía mi vasito lleno y me disponía a saborearlo, se produce un altercado. De entre los prisioneros, se ha puesto de pie un hombre corpulento de unos cuarenta años más o menos. En voz alta y con gesto dramático, apunta hacia un prisionero al que acaban de traer los milicianos y que han sentado en el extremo opuesto de donde yo estoy situado.

—El no debe de estar con nosotros... —exclama dirigiéndose a los milicianos, que contemplan callados, aunque con gesto divertido la escena. —¡Nosotros somos personas decentes y él no...!

Miro para el prisionero recién llegado. Es un hombre alto, rubio, de facciones bien proporcionadas, y relativamente joven. Aparentemente está herido, pues se le notan unos vendajes en la espalda. Otro par de prisioneros se levantan también, y gritan más o menos estas palabras: —¡Es un criminal...! ¡Es distinto a nosotros!

El hombre corpulento dice ahora con gesto autoritario: —¡No le den café... este asesino, no puede tomar café con nosotros...! —concluye, mientras que con la mirada busca desesperadamente un gesto de aprobación en los rostros burlescamente indiferentes de los guardianes.

No le dan café. El prisionero nuevo no dice nada, limitándose a observar a través de una leve sonrisa sarcástica al hombre grande. Este por su parte, ya se ha vuelto a sentar, aparentemente muy satisfecho con lo que acaba de hacer. Alguien a mi lado me murmura, refiriéndose al recién llegado: —Es Calviño... ¡Dicen que es un criminal de guerra terrible!

Me iba a poner de pie y ofrecerle a Calviño, delante de todo el mundo mi tacita de café, pero algo me detuvo. Si lo hacía, pensé, podría estropear mi plan, ya que entonces los comunistas serían capaces de no presentarme ante

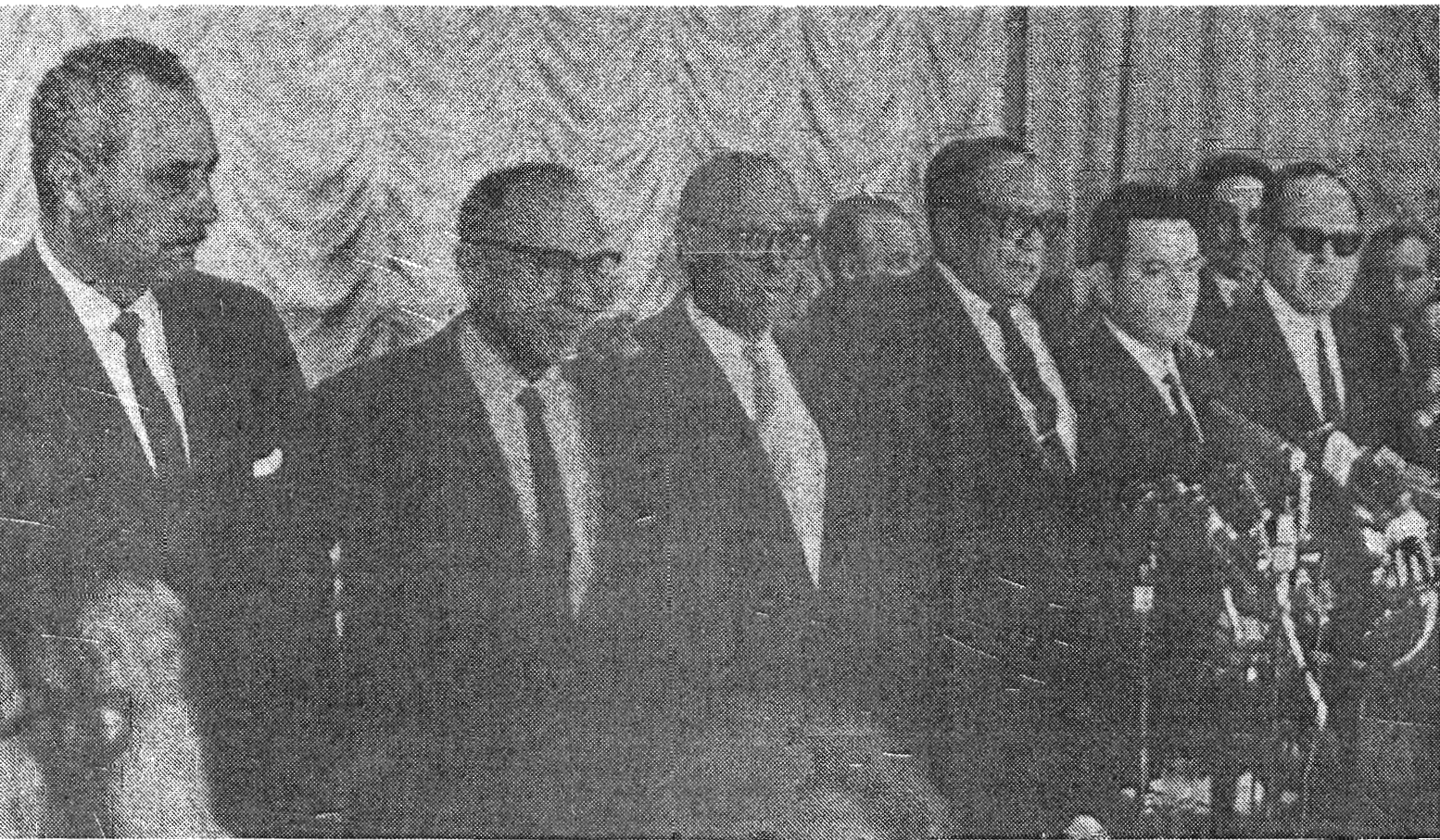


Calviño, el "criminal de guerra". No quisieron darle café...

la televisión. Ahogado de asco y aplastado por una vergüenza indescriptible, me hundo en la dura silla, terminando mi café de un golpe.

Estoy delante de unas enormes cortinas de teatro. Por una hendidura entre ellas, se cuelga una luz brillante. Estoy cansado... terriblemente cansado. He perdido la noción del tiempo, sólo sé que es de noche, pero no la hora. También sé, que al otro lado de esas cortinas pueden suceder sólo dos cosas. Primero, que salve mi dignidad a cualquier precio, y segundo, que la pierda para siempre. No, me digo, he perdido muchas cosas en mi vida, pero esa... mi dignidad... ¡esa sí que no la pierdo!

Sin esperar a que me llamen, separo las cortinas y penetro en el estrado. Alguien me indica un asiento, situado bajo unas luces brillantísimas. Mientras me acomodo en él, no puedo evitar, sentir cierto asombro ante la



No... no es precisamente por esto, por lo que yo voy a la guerra... ¡y yo lo sé muy bien!



Aquellos suaves y silenciosos indios y mestizos, que los cubanos llamábamos "haceres", porque nos hacían de todo...

tranquilidad y seguridad en mí mismo, que me embarga. A mi derecha, observo una mesita, tras la cual se sienta un anciano patético llamado Wangüemert, al que mi padre una vez en La Habana me habla presentado. Era el "moderador" del espectáculo. Frente a mí, otra mesa, pero mucho más larga, cubierta por una especie de mantel que llegaba hasta el suelo, con una leyenda que decía textualmente: "Patria o Muerte... Vencimos". Detrás de la mesa, se sentaban con aspecto solemne seis individuos, vestidos todos, menos uno de ellos, con el uniforme de las milicias del gobierno cubano. Aún más atrás, se movían otras figuras de pie dentro de una especie de penumbra. Todo lo demás era oscuridad absoluta.

En aquel momento, observando la teatralidad del escenario y los individuos en cuestión, me vino a la mente el recuerdo de algunos viejos amigos, poseedores de un gran sentido del humor. "¿Qué hubieran pensado o dicho, si pudiesen verme ahora aquí?" —me pregunté, sin remotamente imaginarme que todos en los que habla pensado, me estaban contemplando en ese instante. Unas ganas de reír incontenibles, me acometieron entonces, ante lo ficticio y

casi infantil del tremebundo espectáculo, montado por los comunistas para impresionar a los demás.

Volví a observar a las figuras que se sentaban tras la larga mesa. No conocía nada más que a dos de ellos. Uno, el famoso Carlos Rafael Rodríguez, el llamado **gran dialéctico de la revolución**, que con su barbita mefistofélica y uniforme de miliciano, trataba patética y desesperadamente de parecerse a un misterioso y omnímodo jerarca de la Europa del este; el otro, el vestido de civil, era un chino "botellero" de la época republicana, llamado Kuchilán. Entonces, reconocí en un extremo de la mesa a otra de esas figuras, aunque no podía recordar de dónde.

De repente se hizo la luz en mi cerebro. "¡Ah... pero si este es él, Carlos Franqui, que conocí en Girón...!" —exclamé para mis adentros, mientras una infinita sensación de superioridad me invadía, unida a un profundo desprecio por aquel deprimente panel. "¿Así... que es con esto, con lo que cuentan para arrebatarme mi dignidad?" —me pregunté, mientras una sonora carcajada estallaba en mi cerebro. □

(CONTINUARA)